

Rainy Day Women

Ñ

Si hay una Rainy Day Woman por excelencia, esa es Ñ. Tiene tres hijos de tres padres distintos y es madre soltera. Acude a tres trabajos distintos con tres sueldos iguales. La explotan en los tres, pero yo nunca la veo triste. Con la mitad de sus problemas yo me habría suicidado tres veces distintas por el sistema del tiro al aire. Y con el idéntico y cobarde resultado en que acaban todos mis intentos de suicidio: Abrazándome desesperadamente a mí mismo por todo el cuerpo, como si hubiera descubierto un hombre nuevo en esta especie de yogur caducado con ojos bífidos y activos. Pero a Ñ no le pasa eso. Tiene incluso y después de todo, un buen sentido del humor. Dice que su segundo hijo le nació con piercings porque en vez de ambientarlo con música clásica durante los tres últimos meses de embarazo le dio por escuchar los greatest hits de AC/DC.

Ñ sí que es un greatest hit de la naturaleza, sabia e invencible. Conoció a sus tres distintos hombres (o sucedáneos, como ella dice) en tres idénticos días grises y húmedos; las tres semejantes veces en que les dijo que seguiría adelante con el embarazo llovía de la misma monocorde manera; el cielo estaba encapotado las tres veces en que la abandonaron y bajo idénticas nubes negras nacieron sus hijos. Llovía como ahora llueve cuando me lo cuenta. Y me añade que también sus enamoramientos y sus momentos mágicos transcurrieron bajo lluviosas cortinas. Pero quedan demasiado lejos ya, "Hubo un tiempo en que la lluvia me recordaba cosas, agradables o desagradables. Ahora cuando caen unas gotas lo único que me recuerda es dónde olvidé el paraguas". Sonríe con un inicio de tristeza, en lo que la secunda Brönte, porque Brönte –ella sin hijos– es en todo lo demás una mujer de la misma gama de color que Ñ. Y, cuando Ñ llega y yo la recojo con mi consabido afecto silencioso, la camarera me hace el signo de aprobación con el pulgar, e incluso me mira con su acostumbrada fiereza si alguna vez la dejo pagar. "Es para halagar su vanidad, Brönte". Ñ, que lo escucha, replica: "¿Vanidad? Solía tener vanidad. Antes incluso gustaba a los hombres. Hoy día, si quiero que se vayan a dormir los mirones solo tengo que levantar la persiana y comenzar a desnudarme". Ríe a carcajadas, apoyada de nuevo por Brönte, tan igual a ella y tan sin hombre. La solidaridad de las sin

techo, en la medida en que los hombres podamos ser techo o cobijo de algo más que nuestra propia incapacidad. Hay una complicidad entre las dos. Ambas son mujeres multitarea, pluriempleadas, mal pagadas y probablemente mal fo... Como hace tiempo que no he recibido uno de los dolorosos y precisos rodillazos de Brönte lo que digo en voz alta es precisamente eso: "La solidaridad de las sin sexo". Brönte se acerca tranquila hasta mí y consigo lo que buscaba, ese rodillazo exacto de mi camarera favorita en el costado, que me hace aullar a la vez de ira y de placer. Vuelven a carcajearse las dos y Ñ comenta: "Si no fuera por estos momentos... ¡qué vida perra! Dios mío, si tengo tres hijos y hasta con ellos aplico el principio del tercio". "¿Qué principio es ese?", pregunta Brönte. "Pues conformarse con la tercera parte de lo que cualquier persona humilde consideraría imprescindible. Cuando llega la noche, si veo acostados a la tercera parte de mis hijos ya me doy por satisfecha. No sé si están en la droga, pero, pobrecillos míos ¿para qué la necesitarían? Con la vida de supermercado barato que les doy se colocarían fácilmente con sólo esnifar dos rayitas del detergente". Ñ es capaz de hacer humor incluso de eso.

Tubo afirma que en la escala de dureza de los metales, debería haber un lugar para la dureza 11, por encima del diamante: El alma de la mujer. Nada aguanta más que ella sin rayarse. Y sin perder del todo las ilusiones. O al menos perdiendo sólo dos terceras partes. Algo de esto le comento a Ñ, quien deniega con la cabeza. "No, Mac, amigo. Lo del tercio es para la vida en general. En cuanto a mí, mis pensamientos o sentimientos los considero ya por fuera de la vida y nada exijo más que sobrevivir. Solía tener aspiraciones. Ahora a lo único que aspiro es a que el póster de George Clooney no me retire la sonrisa mientras plancho delante de él en plena madrugada". Dicho lo cual se levanta de la mesa, sonrío a Brönte y se va, tal vez perdida o tal vez formando parte del día lluvioso, yendo o huyendo pausadamente hacia todas partes. O quizás sólo hacia la parte y sitio que ella se merece más y mejor que nadie: Ese lugar o posición que debería haber por encima del diamante en la escala de Mohs.

es.humanidades.literatura
10 abril 2004